

### *Quijote*, II, 1-3: La alternativa cervantina al libro del hidalgo

Giuseppe Grilli  
Università di Roma Tre

Los primeros tres capítulos del *Quijote* de 1615 no han merecido una atención extraordinaria por parte de la crítica. Entiéndase bien: no hay pasaje, tema o episodio del *Quijote* que carezca de comentarios y análisis. El exordio de la Segunda Parte no escapa a esta condición. Así se han anotado diferentes aspectos y alusiones cultas así como citas, explícitas u ocultas, presentes en estos primeros capítulos. No me detendré en un examen pormenorizado de los materiales acumulado en comentarios y estudios particulares, ya que gran parte de la acumulación interpretativa y hermenéutica realizada por los dos cervantismos, el científico y el apasionado, se halla recopilada por referencias en la magna edición dirigida por Francisco Rico, y a ella remito.

Lo que quisiera señalar es la circunstancia algo peregrina de una lectura reduccionista: me refiero al hecho que, normalmente, se pasa por alto al cambio estructural que estos primeros capítulos marcan, en especial con relación a la prosa de entretenimiento y, en particular, a la formulación novedosa que *–de facto–* se había introducido en la literatura con la publicación de la primera parte, o sea con el libro de 1605, al cual he dedicado una monografía hace unos pocos años, insistiendo en su singularidad (Grilli 2007). En todo caso, cabe destacar que la misma segmentación que reúne los tres primeros capítulos del 1615, no se ha afirmado como incuestionable.<sup>1</sup> Hecha salvedad por el primero, hay quien agrupa los siguientes, añadiendo uno, y componiendo en unidad los cuatro primeros. Por la razones que se dirán, discrepo de esta segmentación, y considero el capítulo IV aparte, y posterior, a la formulación de un primer contexto que Cervantes quiere construir para introducir su nuevo libro. En efecto los capítulos de IV a VIII desarrollan una serie de discursos posteriores y preparatorios de una distinta evolución, que culminan en la llamada tercera salida de don Quijote; sin embargo cuando ésta empieza el lector ha acumulado un nuevo “horizonte de espera.”<sup>2</sup> Es decir que al entrar de lleno en la *narratio* su compositor (pronto sabremos que por ahora se trata del traductor, más que del autor del libro, el nombrado Cide Hamete) ya ha dejado por sentada la novedad del libro.<sup>3</sup> El corte es manifiesto: “Los lectores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de don Quijote y de su escudero; persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo y pongan ojos en las que están por venir, que desde ahora en el camino del Toboso comienzan” (II.8).

Cabe añadir que la tercera salida a lo largo de su desarrollo narrativo manifiesta un evidente distanciamiento de los planteamientos del *Primer Quijote*. Solo quisiera insistir en un punto, el del llamado utopismo quijotesco. Como ha demostrado Augustin Redondo en un estudio modélico (como todos los suyos) es justamente en la Segunda Parte donde se manifiestan de lleno dos rasgos peculiares: el milenarismo y el

<sup>1</sup> Los problemas de redacción y distribución del texto del libro de 1615 no han suscitado la discusión ecdótica desarrollada a propósito del libro de 1605, y que tiene su punto álgido en el célebre estudio de Stagg, pero han movido una aguda y densa atención por parte de Carlos Romero. Por lo que se refiere a milenarismo y travestismo remito a Redondo 2011, especialmente a los capítulos I.3 y II.2.

<sup>2</sup> Entiendo que la sección formada por los capítulos V–VIII tiene su unidad discursiva; a ella aquí se alude, aunque para un análisis pormenorizado remito a otro trabajo en preparación.

<sup>3</sup> Mi propuesta de lectura del Exordio del libro de 1615 en Grilli 2009.

travestismo. Porque es justamente en ese libro nuevo que el hidalgo que está (literalmente) fuera de lugar (y fuera de *su* lugar) asume y resume aspectos bien característicos de ciertas mentalidades que acaban identificándose en encubiertos extravagantes a quienes se les considera representantes mesiánicos capaces de dar respuestas, si bien ilusorias, a la crisis de la modernidad. Por otra parte la presencia masiva de figuras que no son lo que parecen y parecen lo que no son en esa misma Segunda Parte es caracterizadora de casi todos los episodios intercalados: el bandolero es un gentilhomme cortés, el morisco un patriota, la mujer vengativa hasta el asesinato, una arrepentida encaminada a la vida de perfección, los duques unos pseudo aristócratas truhanescos y comediantes, el teatro de maese Pedro-Ginés de Pasamonte, una *mise en abyme* de la novela, al mismo tiempo que una reacción protagonizada por don Quijote en contra del impostor Avellaneda, cuya identificación con Pasamonte – ya avanzada hace años por Riquer – va tomando nuevo aliento en estudios recientes. Y todo esto seguido por un largo etcétera.

En realidad la continuación empieza con una llamada a la memoria del lector: se recuerda que lo ocurrido lo ha sido bajo forma de lo narrado bajo el signo de la continuidad atributiva: “Cuenta Cide Hamete Berengeli en la segunda parte desta historia” (II.1). Como ya insistí en otro lugar, la fórmula o réplica a la declaración del Quijote de Avellaneda se impone al comienzo del relato, y sirve de magnífica coartada para proteger la diferencia del tomo que se ofrece al lector como mecanismo que puede acomodarse tranquilamente en el sistema cultural vigente, ya que prosigue un discurso ya aclimatado, y certificado, por el éxito del libro anterior. El llamamiento al dispositivo de la memoria encierra, sin embargo, varias dificultades en las cuales vale la pena detenerse y en ella quisiera hacer hincapié. La voz verbal de tercera persona *Cuenta* y el sintagma *Historia* establecen un *continuum* con el artefacto del cual se supone conocimiento previo y universal, puesto que ello justifica un comienzo *in medias res* que dista bastante de la dislocación narrativa en un mundo especial y específico, tal como lo había afirmado el *incipit* que no podría no estar, por otra parte, en esa memoria<sup>4</sup> aludida y requerida: el lugar de la Mancha sin nombre. Al mismo tiempo la presencia del Narrador responsable consigna, fuera de toda ambigüedad, la responsabilidad que todo se desarrolla como continuación. Porque, sea dicho claramente: aquel lugar ahora ha desaparecido y lo que tenemos, con su propia voz cantante, es una aldea con su tripartición estamental y sus concreciones ideológicas. Sin más: el capítulo II es monográficamente dedicado a esta declaración.

Consecuencia de esta “inocente” *dispositio* es la colocación inequívoca del libro en un patrón de ‘literatura refleja,’ que, como se dirá en años recientes, construye una literatura de segundo nivel; se trata pues de una directa afirmación de atribución genérica indicando en el ámbito paródico el nuevo y especial *lugar* del libro. Así esta Aldea del exordio de la Segunda Parte es un lugar sin límites, una metáfora conmemorativa del libro anterior y en ningún modo una concreción de la realidad “histórica” aludida diez años antes. Este carácter de artificio que asume la casa y la aldea del protagonista (o supuesto protagonista) de la Segunda Parte de hecho ocupa el espacio que antaño tuvo la fantástica biblioteca que entre unos y otros acabó aniquilada en la hoguera o empotrada en un aposento encantado. Con esta radical transformación Cervantes ya no se propone la creación de una macro metáfora, la locura caballeresca como clave para hablar del mundo, o sea de la República, como se afirmaba justamente

<sup>4</sup> El llamamiento a la memoria es curiosamente, y concientemente, ambivalente: en las primeras líneas de II.1 leemos que durante “casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle a la memoria las cosas pasadas.”

en el primer capítulo de su libro de 1605, sino que asume otro objetivo: reflexionar sobre las fuerzas del discurso escrito, así como sus límites y posibles fracasos. Porque la capacidad de la sátira, cuyo auge ya se daba como remedio post humanístico a los malos tratos que el ingenio estaba destinado a recibir, se irá desvelando como instrumento agradable además de eficaz e incisivo. El carácter no lineal de la afirmación se revalida en una locución fraseológica (“Nunca segundas partes fueron buenas”) que pronto sacará a colación Sansón Carrasco (II.4), con agravante: a estas alturas del relato el bachiller pueblerino, aunque estudiante en Salamanca, es todavía el único lector de la Primera Parte presente en la Segunda Parte. Su opinión por tanto habrá que tomarse muy en cuenta, a pesar de revelarse figura de dudosa consistencia ya desde un principio y, por supuesto, marcando una distancia con lo antes afirmado. Así que es el personaje nuevo y clave de la identidad del libro, siendo el “autor” del espacio narrativo –y referencial– del mismo, una presencia desequilibrada, manierista. De este modo la Aldea y el Bachiller vienen a ser casi lo mismo: identificadores del nuevo *lugar*. Un lugar que sin embargo esta vez tiene nombre, y su nombre es el título del libro impreso que el lector maneja. Un título que remite evidentemente al anterior, pero con matiz o enmienda muy significativa: el hidalgo se ha convertido en el caballero, exactamente como él pretendió, con resultados insuficientes y pagando el coste de penosos descalabros. Pronto veremos que este personaje de la Segunda Parte, distinto por definición del viejo hidalgo, curiosamente –y lo confirma la incredulidad del propio don Quijote– es caballero de condición fantástica, es decir que se trata de un imposible o una mentira. Aunque no es, en rigor, una falsificación. Veamos cómo.

En efecto la tentación de inscribir la continuación, su continuación, dentro del género satírico es patente, en una acepción fundamentada en la radicalidad de los modelos clásicos – más o menos disfrazados oportunamente con la ironía de los renacentistas de diferentes filiaciones y orientación: Berni o Ariosto – está presente.<sup>5</sup> Y es un componente del libro, tal vez acentuada por la presencia del tomo atribuido a Avellaneda, que no podía sino impulsar a fijar distancias entre el libro auténtico (1605) y la falsificación (1614). A ese carácter imperativo me he referido en otro momento, y no quiero desmentirme. Pero creo que todavía hay algo más, y más hondo. En realidad la referencia a Avellaneda tampoco resulta unánime, si bien reafirmada por ejemplo en el comentario de Vicente Gaos. En realidad se prefiere atribuir a la influencia del apócrifo los episodios últimos y no los iniciales del libro. Pero, como veremos, esto responde a la idea de guardar una continuidad mayor a las dos partes. Dos partes que, sin embargo, empiezan a dar roces (no quiero decir que a detestarse) desde un buen principio.<sup>6</sup>

Remitir sin más a Cide Hamete, como ya ha sido señalado, es la primera incongruencia del libro; en efecto la continuidad se acredita – con una pizca de irónica socarronería hacia los lectores y críticos – pretendiendo, casi a continuación, empezar a subsanar las descuidos y desaciertos de la Primera Parte (esta acción empieza,

<sup>5</sup> En relación al tema ariostesco, aunque parcialmente pertinente con mis implicaciones, remito a José María Micó.

<sup>6</sup> Para las consecuencias de la continuación apócrifa de Avellaneda ahora, y siguiendo las huellas de los estudios de Riquer, hay que meditar atentamente los argumentos presentados por Alfonso Martín Jiménez, en particular sus libros monográficos del 2001 y 2004. Acerca de Sansón Carrasco hay cierta bibliografía acumulada, de indudable interés, aunque creo que no se ha profundizado todavía a fondo su papel e identidad: quisiera recordar en especial dos trabajos que tengo en cuenta en mi perspectiva, el de Augustin Redondo sobre la naturaleza de “loco” del personaje, ya a partir de su propia definición onomástica (1980) y el de Juan Bautista Avalle Arce sobre su característica de narrador infidente.

concretamente en II. 4), que dicho sea de paso, ahora empieza a ser declarada y definida así. Recuérdense, al respecto, que en el capítulo LII del texto de 1605 el libro atribuido al moro Hamete se daba por acabado o, si hubiera más papeles, éstos perdidos, excluyendo que de él pudiéramos esperar nuevas informaciones. Éste al que se remite ahora es, por tanto, el mismo libro. ¿O es otro distinto? Pronto el lector es inducido a creer que se trata de una misma fuente, cosa que de hecho, acaba por quitarle verosimilitud, si alguna vez (1605) podía haberla tenido. Considero, pues, que de esa manera Cervantes nos ha puesto sobre aviso de la novedad que propone. Un libro nuevo, con características y finalidades diferentes de las de aquel tan querido y estimado. Un libro, aquel de 1605, que no quiere adulterar, o edulcorar, con un añadido destinado inexorablemente a ser impertinente. Por tanto toda afirmación está a la espera de una desmentida: así en el *incipit* de II.5 se insinúa la duda que ni tan solo Hamete sea –por lo menos en estos momentos– autor auténtico.<sup>7</sup>

Considero oportuno analizar los argumentos principales relativos al motivo continuidad/discontinuidad; uno de los lazos – quizás el más relevante – que debería unir las dos partes es la referencia a la sangre de los contrincantes vencidos, y que había sido derramada en la anterior novela, tema al cual el propio hidalgo aludirá al comienzo del capítulo tercero. Como se ha notado, esta conexión solo puede ser viable si interpretamos que la sangre está formada por ese líquido rojo que salió de los destruidos odres del ventero mientras se contaba la novelita del *Curioso*. Porque otra sangre, en sentido propio, es decir la sangre de adversarios vencidos y muertos, no había habido. Sobre el particular, en este capítulo II.3, va a insistir Carrasco, resolviéndose a poner en claro – en forma dialogística – sus consideraciones en el comentario de un libro – insistimos – que, de momento, es el único que ha leído y por tanto él solo puede estar en condición de comentar apropiadamente, aunque el comentario no sea del todo fehaciente, ya que nadie puede desmentirlo. El argumento esgrimido resulta escolástico y en cierta medida glosa la crítica de los aldeanos a la identidad del Caballero fingido, crítica que ya fue objeto del relato de Sancho a su amo en el capítulo anterior. Carrasco relata opiniones de lectores que él solo conoce con la misma seguridad con la cual Sancho Panza había relatado las consideraciones de gente (hidalgos, caballeros) que difícilmente habrían intercambiado palabras con un pastor de puercos. Que ambas pueden atribuirse a los propios narradores es totalmente plausible y recuerda la técnica celestinesca del relato de Sosia sobre el fin desastrado de Sempronio y Pármeno. Carrasco no deja entre bastidores la anotación de los críticos más pugnases:

Una de las tachas que ponen a la tal historia –dijo el bachiller– es que su autor puso en ella una novela intitulada *El Curioso impertinente*, no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor don Quijote. (II.3)

De pronto quisiera aquí señalar el término *lugar* alusivo del espacio literario y no del referencial o histórico. Luego, merece comentario la determinación de un autor individual, siendo notorio por la menos la colaboración entre Hamete y su traductor, tal como insiste la Segunda Parte al comienzo del capítulo V, aspecto sobre el cual volveré más adelante. Sin embargo lo que importa en este caso es que la réplica breve, pero eficaz, que no llega de la mano de del protagonista ideal, don Quijote, sino del

<sup>7</sup> “Llegando a escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho panza con otro estilo del que se podía ptometer de su corto ingenio y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese, pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que a su oficio debía” (II.5).

escudero–criado, Sancho, quien aclara, con aparente ingenuidad, en donde estriba el error: “Yo apostaré –replico Sancho– que ha mezclado el hijodeperro berzas con capachos” (II.3)” Queda puesta al margen, de esa manera, toda posibilidad de permanencia en la nueva entrega narrativa de un género radicalmente renacentista como la miscelánea o poliantea, cuya inactualidad queda decretada por Cervantes justamente en este 1615 que nos ocupa.<sup>8</sup> No hay que extrañarse que tras la constitución de los dos *Quijote* en un solo tomo o libro y tras unos cuantos cambios en el panorama cultural de la época, Lope haga una reivindicación más o menos solapada de la literatura miscelánea: esta vuelta a las modas de un pasado reciente muy influido por las aficiones de humanistas mayores y de sus imitadores aficionados a la erudición enciclopédica tiene su aplicación también en la contienda que implicó a los dos máximos escritores del tránsito del XVI al XVII. Materia del enfrentamiento entre Cervantes y Lope, por otra parte eje de la “diferencia” ente el primer y el segundo Quijote, y tal vez parte el punto conflictivo y grandioso de la confrontación entre los dos escritores cabales del siglo dorado. Frente a la tajante respuesta de Sancho, tras la imperiosa afirmación del lector privilegiado y autorizado, que se ha entrometido en la casa del hidalgo, o sea, en su historia y en su libro, a don Quijote, personaje/autor de ambas articulaciones, de la casa como *demora* –material e ideal– no le queda sino aceptar y, retóricamente, llevar a extremo encarecimiento cuanto ya se ha dicho: “Ahora digo que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que a tiento y sin algún discurso se puso a escribirla” (II.3).

Por estas razones, en realidad venideras, hay que detenerse en la lectura e interpretación de ese cambio novedoso que se introduce al calar en la presentación del libro la entrada de caballo siciliano de Sansón Carrasco, bachiller y lector, después de la relación de Sancho Panza acerca del eco del regreso de don Quijote a su casa y el consiguiente abandono de las aventuras y salidas de las cuales se había hecho testimonio el libro de 1605.

Me detengo un momento sobre el particular. Volvamos a leer el *incipit* de II.3:

Pensativo además quedó don Quijote, esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas en libro, como había dicho Sancho, y no se podía persuadir a que tal historia hubiese, pues aún no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto.

Por cierto, don Quijote aquí aparece lo suficientemente cuerdo y bien enterado de la realidad de la industria tipográfica para sorprenderse que vaya por ahí difundándose y leyéndose una historia impresa de sus hazañas y que ésta ande entre librerías vendiéndose. Y deberíamos todos convencernos de su cordura si fuera razonable que desde su aislamiento manchego supiera tanto de libros impresos y por imprimir, experiencia que tardará en adquirir hasta su entrada en Barcelona. Por tanto cabe

---

<sup>8</sup> La cuestión de la literatura miscelánea dentro de la confrontación entre gigantes de la época áurea y específicamente entre Cervantes y Lope, la he tratado en mi artículo sobre la *Varietas* (2001), pero ahora remito a mi libro *La scena originaria...* (2010a), y, sobre todo, en mi libro sobre *La Dorotea* (2008) donde se discuten también los rasgos autobiográfico de *La hermosura de Angélica*, muy bien puesto de relieve por Marcella Trambaioli en su edición crítica del texto. El motivo de don Quijote caballero gracioso se discute atentamente en Redondo (2011), y en el mismo libro se trata de asno/asnos. Uno de los episodios mejor y más comentados es el de la estancia de don Quijote en Barcelona. Tengo aquí presentes las consideraciones de Riquer y de Redondo (1980 y 2011), pero también la que subyace a la película de Gutiérrez Aragón, *El Caballero don Quijote*.

preguntarse si es así, literalmente, como debe entenderse el pasaje. Quizás la referencia a la sangre habrá que entenderla como un fraseologismo metafórico de la temporalidad, cuyo sentido podría reconstruirse de tal forma: ha transcurrido demasiado poco tiempo desde lo históricamente sucedido y su transformación en relato o crónica para que un discurso oral (líquido) haya podido solidificarse (imprimirse en papel). En efecto el interés del personaje está bien argumentado, puesto que se muestra demasiado bien que hay pormenores que el cronista solo pudo conocer de su viva voz. Dicho de otro modo: el hidalgo sabe demasiado bien que todo el cuento don Quijote es una descomunal patraña. Por otra parte, como veremos pronto, la identidad del personaje ha sido puesta en entredicho justamente en el exordio del libro, cuestionándose en la relación de Sancho la legitimidad de la “caballería” del hidalgo en el aprecio de sus vecinos. Por otra parte Teresa Panza inmediatamente después, al ventilarse la posibilidad de la tercera salida —es decir de la realización del libro de la Segunda Parte, con la cual se identifica la irrealización de la nueva aventura— donde se insiste en la falsificación de la identidad del propio personaje. Y pronto (II.6) será la sobrina quien increpa a su señor, con palabras no muy corteses y un nulo recurso a eufemismos, a propósito de esta falsedad de fondo, donde no falta la querrela por una condición de penuria económica que la implica directamente:

¡Válame Dios! – dijo la sobrina – ¡Que sepa vuestra merced tanto, señor tío, que si fuese menester en una necesidad podría subir en un pulpito e irse a predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé a entender que es valiente, siendo viejo; que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo, porque aunque lo pueden ser los hidalgos, no lo son los pobres! (II.6)

Son palabras que motivan, y han motivado, fácilmente los comentarios acerca de la crítica cervantina de los males de una España perezosa, orgullosa y hueca que se ilusiona con fantasías y fantasmas obsoletos sin tomar conciencia de la realidad de la crisis epocal que la embiste. No niego que la lectura tenga motivo, pero creo que la alusión posible a una actualidad (o calamidad) escapa a la concreción temporal y se extiende a valores perdurable.

En efecto, tras esta puntualización, el texto entra enseguida en materia: don Quijote se encuentra en casa, recuperando fuerzas y entereza, desde hace aproximadamente un mes, el cura y el barbero en este tiempo han menudeado sus visitas a ama y sobrina, aunque evitado el contacto con el enfermo, por prudencia. Al cumplirse el término, consideran ahora haber llegado el momento de poner a prueba la realidad del hidalgo. La visita, después de una entrada de cortesía, al igual que el capítulo, el libro, entra de lleno en tema. No se habla, prudencialmente, de caballerías, sino que se discurre de un tema mayor. Tal vez mayor no lo fuera tan claramente en aquel momento (un mes más tarde de donde habíamos dejado al fingido caballero en gavia y de regreso, pero sí lo era, y de gran actualidad, ahora que, como pronto veremos confirmado por arte de birlibirloque, ya estamos en 1614, tras acontecimientos de tal envergadura como el abandono de la península por parte de los moriscos, o la repetición de las bancarrotas de la Corona, sin pensar en otros descalabros militares y civiles.

La conversación llevada a cabo, sin embargo, pone de manifiesto el escaso entendimiento y sentido práctico de los contertulios. El tema viene a ser el de la gran política de estado esgrimiendo cada uno razones y sugerencias: que los tres no están en

sus cabales se expresa sin dudas con el comentario del narrador, que deberíamos identificar con Hamete, por declaración expresa:

Habló don Quijote con tanta discreción en todas las cosas que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitablemente que estaba del todo bueno y en sus entero juicio. (I.1)

Pronto la censura del cura barbero –cuya cordura en verdad tampoco había brillado en el libro de 1605– irá confirmándose por contraste en otra conversación: la del hidalgo-caballero con su Sancho Panza. Pero este asunto se desarrolla en el capítulo siguiente, ocupándolo prácticamente por completo.

Cura y barbero, sin embargo, no se dan por satisfechos al constatar la adhesión de don Quijote al modelo de plática que ellos estilan y que hay que presumir deba estilarse en el ambiente del pueblo. Superada, pues, la prueba de la conciencia cívica, que casi podríamos calificar como teoría política, se propone su aplicación a casos concretos, u ocasión, concepto bien radicado y operativo en la cultura áurea. Estas “ocasiones” son, obviamente, las que *las noticias* difunden y comentan en despachos, hojas y folletos. Algo que se tramitan en la conversación en desorden y sin mayores precisiones de espacio y lugar: primeramente se concretiza la amenaza turca, con especial y genérico hincapié en los reinos del Mediterráneo centro-oriental: Malta, Sicilia, Nápoles. Naturalmente la referencia al peligro turco, tras el rasgo de ser uno de los *loci* largamente repetido y al cual están acostumbrados oidores y lectores, tal vez esconda una referencia al poema épico (o neoépico) de la *Matea*. Se trata probablemente de una posible interferencia, alusiva a la todavía no definida adscripción genérica del libro que se está presentando. Pronto otras referencias a los poemas largos del renacimiento, sin definirse una disposición venturosa, heroicómica o de entretenimiento cortesano de los mismos, irán ampliando el abanico de posibilidades.

Apostilla del debate que se emprende es la valoración de los arbitrios: los tres interlocutores, todos ellos contrarios a la moda y degeneración de los consejos al príncipe – con cierta coherencia con su antes probada capacidad de gobierno republicano –, disputan sobre la modalidad de censura y, por ende, de la medida que debería tomarse frente a tanta degeneración de la que podría, o hubiera podido ser, la cultura de los letrados y su posible contribución al buen gobierno. Por el roto de la conversación, se mete el tema de los andantes caballeros, remedio coherente y supremo si los hay, entre cualquier propuesta. Pero sensibles a esa cuerda, cura y barbero se desmarcan del hidalgo, y el propio barbero, que no poco había contrastado con don Quijote, da con una digresión. Se trata del cuentecillo de la casa de locos de Sevilla. La naturaleza de la *digressio* no difiere –desde una mirada estructural– de otras interpolaciones, como, por ejemplo, de Sancho en *Quijote* I.20. Propongo detenernos en un particular del cuento: la presencia del licenciado investigador. La falacia de su inquisición parece ser un espejo, pintura sobre naípe, o miniatura de la acción que intentan los inquisidores del hidalgo. Creo que conviene profundizar en este aspecto de la locura en su definición del nuevo contexto de la Segunda Parte. Porque en realidad merece atención el carácter que asume y que matiza de forma muy precisa la original manía obsesiva presente en la determinación de la locura de don Quijote. Es la valoración de loco/locos como equivalente de asno/asnos.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Así más o menos lo valorará Carrasco en I.7, al final del capítulo y en visperas de la “salida”: “Admirado quedó el bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza, que, puesto que había leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole [...] creyó todo lo que dél había leído y confirmolo por uno de los más solemnes mentecatos de nuestros

La relevancia de este detalle se reafirma en el tramo final del capítulo primero cuando el eje del discurso evoluciona hacia las particiones genéricas (argumento inicial). Las caballerías ahora ya son muy otra cosa respecto a los libros de educación y modelación de estilos de vida de nobles. Son *romanzi*, y por tanto no definen aventuras sino fisiognomías, caracteres, retratos. No podemos abandonar ese primer y fundacional capítulo sin señalar tres importantes confirmaciones al carácter del libro, tal como se presenta en su exordio. Me refiero a tres momentos o descuidados o interpretados desde otro punto de vista.

El primero de ellos indica la caída de don Quijote en su desvarío tras la inquisición de sus censores. Ahí el hidalgo apunta su crítica de la desaparición de la auténtica caballería perdida en ociosidades y falta de afán. Un afán que curiosamente se ejemplifica justo en una dirección opuesta a la realidad, tal como viene manifestándose a la largo del XVI y comienzos del XVII. No cabe duda que en verdad el espíritu caballeresco no solo no ha muerto, sino que se encuentra en pleno desarrollo: un anhelo a correr aventuras de mar sin reparar en peligros, embiste a noveles Ulises, de distinta y diversa procedencia o índole. Son los nuevos héroes, tan celebrados en la literatura áurea, a partir del *Viaje de Turquía*, que van en búsqueda de otras tierras y otros mares. En efecto se ha señalado el desarrollo de este aviso en II.29. Efectivamente el episodio –creo que erróneamente indicado con el epíteto del “barco encantado,” no remite tanto a las aventuras de los libros caballerescos, como el *Palmerín*, sino que más bien recorre la erudición libresca sobre la cultura astrológica y náutica indispensables en las largas peregrinaciones. En esto no pienso tanto sin embargo en posibles convergencias con la novelas alejandrinas o bizantinas –que por cierto en esas fechas de escritura de la Segunda Parte, que son las de la realización del *Persiles*, no estaban lejos de la imaginación cervantina–, sino a la nueva moda que va fraguando de una épica renacentista y que pronto dará sus frutos mayores en la imprenta, pero que ya se había adelantado con un buen elenco de títulos, no faltando los de ese Lope dragonteico y pronto a la vez cantor elocuente y gracioso de la ariostesca Angélica puesta en paños hispánicos no sin alusiones autobiográficas.<sup>10</sup>

El segundo aspecto concierne la alusión a los caballeros célebres de la historia y la literatura, cuya identidad se define no por acciones y eventos, sino por medidas y rasgos fisiognómicos. No me detengo en este punto, ya que he aludido a ello en otro momento. Pero quisiera insistir justamente en el final, donde las referencias a la materia de lo poemas caballerescos italianos, y a sus imitadores españoles, es más explícita y a la vez burlesca.

El segundo capítulo es decididamente más breve y encierra un solo argumento, estructurándose en una única partición. Se concentra en la comparación de Sancho y su renovada colocación como interlocutor dialogante, todavía privilegiado, de don Quijote. Pero se trata de un diálogo del todo inédito con respecto a los que corrieron antaño. Ahora el tema es manifiestamente la recepción de las aventuras pasadas y referidas en el (primer) tomo de cuya existencia y consistencia pronto seremos informados con detalle. Se trata, por ahora, de una recepción que no implica la escritura y la lectura de las aventuras y episodios, sino su transmisión oral, sin que medie un tomo que se pueda

---

siglos, y dijo entre si que tales dos locos como amo y mozo...». Cabe considerar que la valoración deriva de la ignorancia de la norma lingüística que Sancho adultera y trastoca, creando hilaridad con sus ignorancias, tal cual se catalogó como “de asno.”

<sup>10</sup> Recuerdo que *La Dragontea* se imprime en el volumen de *La Hermosura de Angelica* tal vez por problemas de oportunidad política en 1602, en la imprenta de Pedro Madrigal.

manejar. Solo hacia el final aparece –*relata refero*– la cita del libro que ya corre impreso: aquella amada historia del hidalgo vista y leída, aunque tal vez solo ojeada, por el bachiller recién devuelto al pueblo, Sansón Carrasco. Antes que llegue tamaña información, don Quijote ya iba investigando sobre la recepción de su empresa de restaurador de pasadas caballerías. Y Sancho le iba dando puntual y razonada explicación. Se trata de los comentarios de los distintos estamentos de la aldea a la fama adquirida por el hidalgo gracias a sus locuras. Mientras, el nombre de *lugar* ha sido abandonado o, mejor dicho, olvidado en este nuevo dispositivo de la memoria que recuerda muy selectivamente los antecedentes y los dispone para su uso actual, tal como hemos ya podido apreciar.

Las respuesta que don Quijote obtiene mediante el relato de Sancho de la opinión de sus vecinos y conocidos son de interés: Sancho (tal vez demasiado atento y agudo) muy acertadamente separa los juicios y los distribuye según la categorías sociales de quienes los formulan, si bien ningún estamento se muestra favorable al propósito del hidalgo y lo juzga negativamente utilizando argumentos similares entre ellos, aunque no idénticos.

Con el tercer capítulo finalmente comprendemos el dibujo que ha venido armándose: Sansón Carrasco llega y entra personalmente tomando posesión del libro que ha empezado a mover sus primeros pasos y, a partir de su presencia, se justificará y articulará una organización diferente de la posible nueva salida de don Quijote. La pareja protagonista del 1605, compuesta por don Quijote y Sancho, caballero y escudero en la ficción metafórica, cuyo contrapunto se constituía con otra pareja, la del cura y el barbero, que son a la vez opositores y complemento de la primera, y casi podríamos calificarlos de “correlato,” se desequilibra. Y el síntoma de este desfase es la multiplicación de un mes en diez años, o viceversa, de diez años en un mes. Lo que implica otra paradoja: si el don Quijote de la primigenia ficción tenía cincuenta años, ¿cuántos va a tener ahora en su continuación? ¿Sesenta? De este imposible el hidalgo es consciente, y no en balde duda de la existencia del libro anunciado, antes de reanudar el hilo de sus pliegos que algún tipógrafo pueda llegar a coser y hacerlo libro.

Carrasco que ha sido interpretado como un loco “desde otra orilla,” ya a partir de la definición onomástica, acompañará a lo largo de la novela la construcción de esas identidades trastocadas de la pareja don Quijote / Sancho, destinadas no a un posible ulterior seguimiento de las historias pasadas, sino a su indefectible enterramiento. Sansón, desde su introducción, más allá de su cometido de sanar definitivamente al hidalgo, es el autor – otra identidad autorial, o narrador suplente – a la espera de cerrar para siempre el libro del primer autor, el moro Hamete. Sabemos que la empresa de Carrasco, de una manera u otra, tras un inicial fracaso, conseguirá el éxito. Y Cervantes, al abandonar la Segunda Parte, dando definitivamente por terminadas las salidas del poliédrico personaje que ha retomado y renovado papel y nombre de don Quijote, se emancipa de una historia que podría encasillarle y atarle al personaje. Un riesgo nada hipotético que Unamuno, con agudeza, irá defendiendo unos siglos más tarde con determinación y fuerza, rompiendo los compases de cortesía que Azorín había conservado defendiendo el *Persiles*, es decir el instrumento mayor que Cervantes esgrimió para defenderse de la identificación con su creación, de paso ahuyentando el peligro de superposición de las dos partes en un único aparato de significación.

Pero ¿quién es este Sansón Carrasco que protagoniza con tanta eficacia la realidad de la Segunda Parte y la hace posible mediante el cierre (estampa) de la Primera? Su identidad, anticipada por Sancho en II.2 tiene origen universitario, aunque su patria ha

sido en principio la aldea de la tripartición estamental definida en relación a la valoración de las aventuras de don Quijote, que hemos comentado arriba. Cabe considerar que en el relato intercalado de hospital de locos, o sea de los Inocentes de Sevilla, el protagonista, manifiestamente enajenado y maniático, es licenciado en una de las universidades menor de España, Osuna, si bien se precisa que aunque lo fuera por Salamanca poco mejoraría su compostura mental. Damos por descontado que al licenciado Tomás Rodaja tampoco le aprovechó haber conseguido carrera en la mejor escuela de Leyes española. El gusano que acabará con la locura, y, por ende, de la aventura y la novela de don Quijote, es a la vez el descubridor de la Primera Parte en forma de libro, y el agente de la negación de la locura, con el fin de que la Segunda Parte llegue a ser lo mismo de la Primera, es decir libro. La visita de don Quijote a la imprenta de Barcelona, en efecto, marca el desengaño, en vísperas de la disolución del personaje. Nada en Barcelona se sabe de sus nuevas aventuras, y lo que se estila al gusto del público lector son *Bagatele* y otros remiendos de la literatura toscana, que don Quijote, haciendo memoria de su formación hidalga recompone con citas aproximadas y alusiones ariostescas sin esmerarse en precisiones filológicas. La disolución del arte llega a su extremo con el hallazgo de la Segunda Parte del impostor Avellaneda, al cual el personaje reitera su indisponibilidad.

Así, llegando a este punto, quisiera insistir y precisar: en el comienzo de la novela de 1615, si bien por relación indirecta, contamos con el *Quijote* de 1605, ya impreso, difundido y glorioso en la gran parte de mundo, según confirmaba el prólogo. En esto la intervención de Carrasco es cabal, precisa e importante, a pesar de parecer hiperbólica:

Tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia: si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes; y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca. (II.3)

Cabe preguntarse: ¿qué sentido tiene el hecho que el novel campeón, oculto en sus disfraces, y destinado a salvar al hidalgo y retirarlo de la literatura para devolverlo a la aldea olvidando y cancelando definitivamente el lugar, primordial artefacto ideado para ambientar y justificar la ficción ejemplar que había dado comienzo a la realización de la historia, sea un hombre pasado por la institución escolástica? Y, precisamente, en una carrera donde, más que en otros estudios, tienen importancia las Letras, justamente el tramo donde se excedía y brillaba Rodaja-Vidriera.

Carrasco es, en el fondo, una deformación de una figura real, la del estudiante de aldea, más real tal vez que las del hidalgo, del criado y las de los medio profesionales del pueblo, cura y barbero, cuyos contornos quedan envueltos en una atmósfera cargada de humo, escasamente iluminada. Pero se trata de una figura que, a pesar de los esfuerzos de un humanista entregado como Palmireno, no conseguirá sino muy pocos de los objetivos que su mentor auspiciaba. Y no es de extrañar que su nacimiento se diera en ambientes del Studi General de Valencia, urbe que fue uno de los últimos reductos de una sociedad donde movilidad, riqueza y ambición se mezclaban e iban camino de lo positivo.<sup>11</sup> Una ciudad donde se demoró unos pocos años Lope, pero quedándose

<sup>11</sup> Acerca de la *Ratio studiorum* universitaria en la edad dorada hay suficiente bibliografía y es sabido que un cambio significativo no se da sino a finales del XVII. Sobre Palmireno remito a la tesis de doctorado de Luisa Selvaggini, en discusión en la Universidad de Pisa. A la liberalidad valenciana del siglo XVI se debe el auge de la familia Borja, tan bien estudiada por Batllori; a ella me he referido en su proyección en 2010.

fascinado de ella y sus facilidades que fue añorando constantemente tal vez hasta sus largas ansias madrileñas.

En esto, resulta del todo coherente don Quijote, en interrogar al bachiller para solicitarle que entre en un análisis literario y se exprese y manifieste en lo relativo a la doble naturaleza del libro: lo que en él está escrito y lo que de él el lector valora; esta aguda y correcta atención a la recepción del texto suscita la pregunta sobre los aspectos y episodios que han motivado la mayor atención del autor y del público orientado a una participación directa, enjuiciadora: “Dígame vuestra merced, señor bachiller, ¿qué hazañas más son las que más se ponderan en esa historia?” (II.3). No elude Carrasco el tema y su hondura, si bien en sus respuestas al interrogatorio de don Quijote casi parece interesarse en confirmar la tripartición que el propio Sancho había dado tras interrogarle el amo sobre el éxito de la difusión oral de sus empresas; la diversidad de su réplica esta vez es estética, y no social o estamental. Veamos la tónica que preside preferencias y juicios en denotar y precisar la enumeración de episodios narrativos:

En eso [...] hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen a la aventura de los molinos de viento, que a vuestra merced le parecieron Briareos y gigantes; otros, a la de los batanes; éste, a la descripción de los ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquel encarece la del muerto que llevaban a enterrar a Segovia; uno dice que a todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala a lo de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno.

La voluntad cervantina de definir él mismo el criterio canónico de lectura del libro es demasiado evidente por merecer comentario. Pero la dialéctica entre la intención del autor y el valor del lector no permanece de lado. Don Quijote quiere saber si al narrador se le han escapado elementos menores, o si a caso ha censurado episodios de cierto extremado realismo, como pudo ser el exceso erótico de Rocinante o el manteamiento de Sancho.

He aquí que el diálogo, que había en principio fijado como interlocutores hidalgo y bachiller, entronca con Sancho y se viene del todo abajo. No se le quita verdad a la existencia del Libro, pero se pone en duda que esté Carrasco capacitado para llevar a cabo una lectura con todos los sentidos. Pues las lecturas del Bachiller serán homólogas a las aventuras del Caballero y a las llamadas al orden de Sancho. A partir de ahora la partida que se juega es a tres, ya no a dos. El cambio es radical y distancia de manera irrevocable la Segunda Parte de su antecedente por inexcusable, reconocido y asumido como tal, que sea. Y esto ocurre sin excusas, con todas las prevenciones y distancias que se han ido marcando.

No cabe aquí por razones obvias desarrollar y profundizar este orden tripartito al cual declara querer atenerse en su principio el libro de 1615. Baste con decir que entre Sancho y don Quijote se ha insertado Sansón Carrasco y esto modifica toda relación con los transeúntes y personajes episódicos, así como la misma proyección hacia Dulcinea. Un pareja puede compartir un sueño o una alucinación, un trío es muy otra cosa. Progresivamente la fantasía decae a favor de la realidad (duques, bandoleros, moriscos, etc). La ironía deberá por tanto retirarse, y concretizarse, en esa sustancia más recia y resistente que es la sátira. Si algún crítico con tildar de renacentista el Primer Quijote y barroco el Segundo, quiso glosar esa idea, tal vez no estuvo del todo equivocado. Con la salvedad de que Cervantes permanece en uno en los dos libros, como en toda su obra, por distintos que sean, y parezcan serlo, por expresa voluntad de

su autor, defensor apasionado del entretenimiento, como el cervantismo actual defiende, y por tanto vindica también la variedad.

**Obras citadas**

- Avalle Arce J. B. "El bachiller Sansón Carrasco." *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Barcelona: Anthropos, 1991. 17-25.
- Cervantes, Miguel de. Francisco Rico ed. *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2004.
- Grilli, Giuseppe. "Del *Quijote* de 1605 al libro satírico de 1615." M. Baxmeyer, M. Peters und U. Schaub Hg. *El sabio y el ocio. Zu Gelehrsamkeit und Muße in der spanischen Literatur und Kultur des Siglo de Oro. Festschrift für Christoph Strosetzki zum 60. Geburtstag*. Tübingen: Gunter Narr Verlag. 2009. 343-354.
- . *La Dorotea. Intrecci di vite. Intorno a La Dorotea di Lope de Vega*. Napoli: Università degli Studi di Napoli "L'Orientale" – Dipartimento di Studi Letterari e Linguistici dell'Europa, 2008.
- . "Gandía, els Borgia, Ausias March." Nancy de Benedetto e Ines Ravasini coord. *Da Papa Borgia a "Borgia papa". Letteratura, lingua e traduzione a Valencia*. Lecce: Pensa, 2010. 27-42.
- . *La scena originaria. Identità e classicità della letteratura spagnola*. Roma: "Iberica," Nuova Cultura, 2010a.
- . *Sobre el primer Quijote*. Vigo: Academia del Hispanismo, 2007.
- . "Varietas e variatio. Un percorso tra lettere, narratio e altre invenzioni passando per Poggio e i libri di Lázaro." En *La varietas à la Renaissance*. Paris: École de Chartes. 2001. 81-93.
- Martín Jiménez, Alfonso. *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina al Quijote de Avellaneda*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004.
- . *El Quijote de Cervantes y el Quijote de Pasamonte: una imitación recíproca. La «Vida» de Pasamonte y "Avellaneda."* Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2001.
- Micó, José María. "Cervantes y el Ariosto menor." Alicia Villar Lecumberri ed. *Cervantes en Italia*. Actas del Décimo Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas. Palma de Mallorca: Asociación de Cervantistas, 2001. 301–308.
- Redondo, Augustin. *En busca del Quijote desde otra orilla*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2011.
- . "El personaje de Don Quijote: tradiciones folklórico-literarias, contexto histórico y elaboración cervantina." *Nueva Revista de Filología Hispánica* 29.1 (1980): 36-59 [Reimpreso en *Otra manera de leer el Quijote. Historia, tradiciones culturales y literatura*. Madrid, Castalia, 1997. 205-230].
- Riquer, Martín de. *Para leer a Cervantes*. Barcelona: El Acantilado, 2003.
- Romero, Carlos. "La invención de Sansón Carrasco." *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Barcelona: Anthropos 1991. 27-69.
- Stagg, Geoffrey. "Sobre el plan primitivo del *Quijote*." Frank Pierce y Cyril A. Jones eds. *Actas del primer congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Oxford: The Dolphin Book, 1964. 463-471.
- Vega, Félix Lope de. Marcella Trambaioli ed. *La hermosura de Angélica*. Madrid: Iberoamericana, 2005.